

JOSÉ MARÍA VELA GONZÁLEZ
CASA DE MIL PUERTAS

V PREMIO DE POESÍA
EMILIO ALFARO HARDISSON (2010)

EL ALMA Y HOMERO

Puede que un ciego
Construya para ti
Una escalera:
De noche se descienden
Peldaños sin destino.

Puede que el ciego diga:
La mente humana
Es como un bosque lleno
De maletas perdidas
Que nadie ya reclama.

El alma es como un agujero negro.

Puede que las arañas de la mente
Construyan una tela
Oscura y densa para el corazón
Que es ciego; pero vuela.

Las hormigas conversan en egipcio,
Hablan en copto.

Han reunido en el rostro,
Sobre las máscaras
De los escribas muertos, de los reyes
Las migajas del mundo.

El alma come luz celeste.
El alma es como un agujero negro.

El corazón no sube
Las escaleras de la mente.
Bajan a él las arañas de la angustia
Para devorar moscas congeladas,
Moscas momificadas, moscas
Que se posaron sobre el rostro
Sagrado de los dioses.
Ciega clarividente,
El alma es como Homero.

CORDELIA

No te arrastras hacia la vida,
Estás erguida encima de ella.

El bufón sabe la verdad
Y el rey la ignora.

Tu amor no está en palabras falsas
Sino en guardarlo con silencio.

A veces pesa tanto el corazón
Que no puede asomarse hasta los labios.

Tú no estás hecha con metales
Sino con fuego.

La paz no está en las tumbas
Sino en la enmienda.

ELOGIO DE LA POBREZA

Me gusta mi pobreza indefinida,
Estas carencias
Que cubren mi deseo
Y se llaman fracaso.

Dime tú, adorador de todo,
¿no conduje mis pasos
A la penumbra,
No guardé mi sonrisa para el ciego?

Detesto izar banderas,
Hacer los planes de una vida
Endurecida por monedas,
Disecada por la costumbre.

Me gusta mi pobreza,
Este ignorar lo que será
Aquello que no quiso ser jamás.

TODOS LOS LUGARES

Creí verte en todos los lugares.
Nacías siempre en mis pupilas.
La noche
Era infinita y más oscura
Cuando la llenabas
Con todas tus imágenes
Y cuando
Te hacía invisible
Para entrar hasta el fondo de la tierra
Y aprender y desear
Ser uno y no distintos,
Indivisibles y saciados,
Tumultuosos y bellos.
No había para mí
Otro mundo que el tuyo:
El mar era más grande,
Más luminoso y hondo
Aquella noche,
Al final del paseo.
El aire
Era visible estando tú en él,
Soplando alas polícromas
Que invadían el cielo.
Nunca nada de lo que amé
O amo cayó
Con más peso dentro de mí
Que tus palabras o tu voz,
Nada pudo
Abrirse en mí con más belleza
Que tu memoria o tu sonrisa.
Quisiera dedicar
A cada cosa que has tocado
Cada año de mi vida.
Muchas veces creí verte en todos los lugares,
Intuirte entre el rumor
De la mañana.

Sí, las lágrimas no se ven
 En medio de la oscuridad.
 ¿Podré cerrar los ojos algún día
 Y no encontrarte
 En las orillas de mi sangre,
 En los hilos rebeldes de las venas?

ALGO MÁS SOBRE LA FLOR

Una flor intangible
 Se completa en mi sueño;
 Derramada presencia,
 Se parece a la noche,
 A un animal pequeño que pregunta
 Al laberinto por el monstruo,
 Y la bestia no es otra cosa
 Que una carne abatida,
 Un jardín mancillado,
 Un bancal donde cantan las mujeres.

Una flor destructiva que se yergue
 Sobre el osario de la luna,
 Sobre las amapolas,
 Sobre el llanto
 De los perros y las espigas.

PÉRDIDA Y REENCUENTRO

Hoy recupero nuevamente tu cuerpo; lo había perdido entre demasiadas sombras. Tu cuerpo dorado por las estelas que sobre él fue dejando la tarde. Sólo eso me hubiste de dar hasta hoy, su noche, la luz de los días; días en que lo imaginé, transparente, cruzando el mío, ocupándome. Y ahora lo hallo, tomado por el sol de los campos, por el costado del océano. De nuevo, tu cuerpo es extraño a mi aliento y se deslumbra en mis manos. Me ciega y, otra vez, la noche ensaya la melodía en la que, sin intervalos, el deseo es la sucesión de los pasos, del descenso a lo único.

VOLVER A SEVILLA

*Después ir a Sevilla y ver la catedral,
la calle de las Serpes y la venta Eritaña.*
Alonso Quesada

SE LLEVARÁ tus lágrimas un río
que has recordado muchas veces.

Estarás en el puente y una luna
inmensa se reflejará en las aguas.

Será la noche como entonces,
como si no te hubieses ido nunca.

La sonrisa, la música, los jóvenes
inundarán las calles con su fuego.

Te perderás en un perfume intenso
y solo vagarás por plazas y jardines.

En vano buscarás una presencia,
una palabra, una voz y una sombra:

nada que no seas tú mismo.
Unos labios quizá querrán besar los tuyos.

Como si no te hubieses ido nunca.
Será que has regresado, habrás cumplido.

El azahar y el sueño envolverán
tu amor
en la ciudad de la belleza.

Siento deseo y busco con ardor.
Safo

ESTA CIUDAD

no sé qué significa
ahora para mí.

Sé
que todavía la amo
y está próxima y es inasequible.

Sevilla para mí
es la pasión frustrada
de un amor imposible.

Sevilla es una espera de azahar
en la que he dicho las palabras
más absurdas y bellas de mi vida.

Esta ciudad es mi aire
y un rincón con naranjos,
y una plaza nocturna.

La amo y la temo,
y llego a ella con una pasión
íntima y desbordada.

Un río de esperanza la atraviesa
en mis ojos sin esperanza,
que no deben llorar.

La ciudad me desnuda,
me castiga y me humilla con su beso
en la noche vacía.

He acariciado su piel sin amor
con mi amor descarnado:
mi boca se sumió en su boca.

CUANDO YA NO esperaba nada,
lo tuve todo aquí
y yo ya no podía creerlo.

Dije palabras que me destrozaron
sobre un cuerpo que me pidió quedarme
para no hacerlo nunca más.

Vine a buscar a quien
en alguna otra noche
me buscó a mí.

Envuelto en su perfume,
sólo quise quedarme aquí por siempre
y amar una voz y una boca.

Demasiada fe me ha cegado:
un amor excesivo
y una total indiferencia.

En los jardines de mi sueño,
frente a la estatua de Gustavo
Adolfo Bécquer.

En el parque, con frío,
me vi como un capricho
gastado y sin aroma.

Quise vivir y quise morir
definitivamente. Todo fue
hiel y belleza.

Quise ser un naranjo
sin luz,
vida sin pretensión y sin deseo.

Quise lo que no quise,
y ahora
moriría de rabia y de dolor.

*Durmiendo en el pecho
de una tierna amiga.*
Safo

VUELVO A DORMIR contigo
y la noche es un beso largo.

Mañana me dirás
qué significa cada calle.

Miraremos llover durante días
tras un cristal de La Alameda.

Un *Malandar* de negra
juventud andaluza.

Un labio y otro labio,
cuido tu sueño y beso tus mejillas.

O´donell, don Fadrique...
será para después, para mañana.

Ahora moriría en este abrazo,
cuando un cuerpo termina en otro.

Dormimos juntos
el sueño de Sevilla, nuestro sueño.

Quién contará lo innumerable
y escribirá lo que no alcanzo.

Cruzaremos Torneo en bicicleta
y veremos pasar los barcos.

En el parque María Luisa
miraremos el rastro de otra lluvia.

Coges mis manos,
que recorren tu espalda.

Volvemos a cantar y te regalo un libro.
Me he traído tu olor, las flores de tu cuerpo.

Soñamos juntos –besos largos–
el sueño de Sevilla, nuestro sueño.

*Y sobre blandos lechos,
delicada
saciabas el deseo,
Safo*

LA OCASIÓN de desear alimenta
la oscuridad de las habitaciones.

El beso que no se ve
y las manos que tantean la sombra.

El cuerpo que ama nuestro amor
y los labios que sacian nuestra sed.

El secreto, el silencio serán formas
de probar este sueño de la piel.

Nada dicen las bocas que se encuentran
para aprender palabras extranjeras.

El cuerpo del amante es otro texto
léído por un tacto iluminado.

Tu lengua entra en mi boca
para donar tu nombre.

Salivas confundidas y carne transparente:
mi lengua entra en tu boca para olvidar mi nombre.

RUEGO A QUIEN SUEÑA

*Se han ocultado ya
las Pléyades, la luna: mediada está la noche,
la hora propicia escapa,
yo duermo sola.*

Safo

REGÁLAME ESTE LIBRO

que conocen tus labios verso a verso.

Déjame amar
lo que tú ya has amado tantas veces.

Quiero aprender
lo que tú sabes de memoria.

Te ruego a ti, que sueñas,
ruego de más allá del mar.

No pronuncies mi nombre, no hace falta.
Recuerda sólo que estuvimos juntos.

Ahora duermo solo y lejos,
no ya contigo; pero te recuerdo.

Quién podrá separar el aire
que unió en la noche nuestras bocas.

Te ruego a ti, que sueñas: no me olvides
cuando cruces el río.

¿QUÉ JARDÍN voy buscando
sobre los puentes
que destruye la luna?

Luna de invierno
sobre las aguas
que fluyen negras.

¿Qué anhela mi memoria
bajo el fuego de las estrellas?
¿De quién se acuerda mi deseo?

Pasa sereno el río,
con su rumor de sombra,
hasta un mar sin sueño.

Según mi pena, que fluye gota a gota.
Safo

ESTOY DICIENDO ADIÓS aquí,
en el barrio de Santa Cruz.

Digo adiós mientras me hago daño
con labios y mejillas.

Sobre la iglesia de El Salvador
vuelan palomas indolentes.

Cómo me duele el aire
a la orilla del río, en Triana.

Todavía te veo cruzar en bicicleta,
recorrer toda la ciudad.

Otra vez voy a tu encuentro,
como anoche con luna nueva.

Entre los álamos y bajo árboles
desnudos, te veo pasar.

Lo dejo todo aquí, cruzando Sierpes,
Leviés, Tetuán o calle Feria.

Cae la tarde en el Guadalquivir
y en la calle del Agua.

Guzmán el Bueno o calle Bécquer:
estoy diciendo adiós.

Quién podría marcharse y de qué forma,
para volver ¿adónde?

Estoy diciendo adiós aquí,
en el barrio de Santa Cruz.

A una joven de voz dulce...
Safo

UN DÍA llegaré sin avisar
hasta la calle Betis.

Aceituna y limón,
un sol de atardecida en los naranjos.

Será para buscar unas palabras
que la noche me dijo para siempre.

Buscar un orden en la voz,
¿no es buscar la armonía del deseo?

Un día llegaré.
Quisiera que no fuese tarde.

Aceituna y limón,
un sol de amanecida en los naranjos.

Será para llorar
o para una sonrisa inmensa.

Quien encuentra silencios,
quizás busca también palabras.

Una tarde vendré
a por una ginebra y un abrazo.

Aceituna y limón,
una luna de bronce en los naranjos.

No trato de encontrar lo que yo dije,
sino lo que dijiste tú.

Entre azahar y sábanas,
de nuevo, recorrer tus labios.

Si la cita se cumple,
ojalá fuera, otra vez, con tu boca.

Que las palabras sean
solamente las tuyas.

SIEMPRE RECORDARÉ
que vivimos un tiempo juntos.

Recordaré que la belleza
y la dicha son pasajeras.

Recordaré que sí,
que me gustó la luna.

Siempre recordaré tu voz
y cada una de tus palabras.

Soñaré con tus manos,
y me diré a mí mismo lo que nunca te dije.

También querré volver a oír
la música que nos juntó en la noche.

Recordar para siempre, digo,
para crear memoria nuevamente.

TODOS LOS JARDINES

Todos los jardines que crucé, turbio, estaban vivos; pero fueron arrasados. Cada corola, cada estambre, cada pétalo destrozó su color entre los dedos negros de la noche. Amapola y guaydil, alquitrán y pez. Cada jardín envenenado, con los pies desnudos, avancé abriendo un camino a la intemperie. Bajo dibujos de fuego, un coloquio de hojas decían la violencia. Estaban vivos, jardines que recorro todavía en una vigilia sin respuesta. Lirio y azalea, piedra y espina: cada noche y cada jardín se unen en su destrucción. Matricaria y limón, almendro y cerezo de olor negro. Juraría que la hierba y los hierros sufren, que todas las alas han muerto o agonizan en su vuelo tardío. Adelfas, asfódelos, escabiosas, como la orijama de polvo y la ortiga y el cardo de cal y la ceniza púrpura. Siempre estuve, a un tiempo, soñando e insomne para doblar la noche y empuñarla, y dejarla caer sobre un jardín destruido. Todos los jardines que crucé, lacónico y fugaz, estaban vivos.

JOSÉ MARÍA VELA GONZÁLEZ nació en Santa Cruz de Tenerife el 20 de octubre de 1985. Actualmente estudia el curso de acceso a Formación Profesional y trabaja de refuerzo, un día a la semana, en Correos.

El autor reconoce que por su carácter tímido y reservado ha encontrado un gran refugio en la lectura y en la historia, sobre todo la medieval. Hace cuatro años comenzó a escribir poemas y relatos breves como desahogo y expresión de la nueva vida que iba a empezar tras el diagnóstico de una enfermedad neurológica. Es la primera vez que da a conocer sus creaciones en un concurso.